

REVISTA DEL CENTRO DE LECTURA

Cuarta época

Reus, Marzo de 1966

Núm. 163

DIRECTOR: ENRIQUE AGUADÉ I PARÉS

Redacción y Administración: calle Mayor, 15 — Talleres: Gráficas Rabassa - Carmen, 23 bis¹ — Dep. Legal - T. 20 - 1958

SUMARIO: «Falta oro en América», por Mauro.—«Retrospectivas: «El Centro de Lectura», por José Güell y Mercader.—«Publicación de la Asociación de Estudios Reusenses en honor de su Presidente».—«Consejos a los cultivadores de rosas», por Carlos Camprubí.—«Actividades del Centro».—«Necrológica».—«Campaña difusora del esperanto».—«Biblioteca - Estadística mensual».—«XIX Concurso Exposición Nacional de Rosas».—«Servicio meteorológico del Centro de Lectura».—«Temas americanos en la Literatura de Caña y Cordel», por Juan Amades.

Falta oro en América

La cuestión del oro es un tema sugestivo, y del que se vuelve a hablar en la prensa. Todos nos hemos preguntado alguna vez, por qué se escogió precisamente el oro como moneda, y por qué desde la antigüedad el oro ha tenido tanta importancia.

Anticipemos que el oro tiene importancia, precisamente porque lo hemos escogido como dinero, o sea, como mercancía intermedia en nuestras transacciones. Por eso vale tanto. No porque sea tan bonito, ni sirva para fabricar joyas. El día, que puede llegar muy fácilmente, en que los países decidan abandonar en absoluto al oro en su misión de moneda, quedará solamente como mercancía de joyeros y dentistas y su precio sufrirá un bajón fenomenal.

Es cómodo tener una mercancía que haga de moneda. En ciertos países salvajes se emplea la sal, en otros el ganado, (pecus, de aquí la palabra pecunia) o las conchas.

Si no hubiera moneda, tendríamos que regresar al trueque. Como se volvió, aquí, en zona roja. La moneda, según pudimos entonces comprobar, es muy cómoda para la economía.

El problema más agudo que se presenta en el comercio internacional, es que el tráfico de mercancías es cada día más importante, y en consecuencia, se necesita cada día una cantidad, también mayor, de oro. Pero desgraciadamente no aparecen nuevas minas de oro, y nos estamos quedando sin moneda suficiente para los intercambios internacionales.

Seguramente que un marciano o un economista del año 2000, cuando lea nuestras tribulaciones, tendrá un ataque de risa. Si nosotros

llegamos a una isla del Pacífico y nos cuenta el jefe de la tribu que el problema mercantil que les agobia es que no encuentran suficientes conchas de ostra para realizar el comercio dentro de la isla, le sugeriríamos inmediatamente que se pongan de acuerdo en aceptar, como moneda, la concha de otro molusco, que abunde más en los arrecifes. O que cambien de moneda.

A los economistas y ministros les agobia la misma cuestión. No hay bastante oro. La cuestión se ha ido demorando porque en la conferencia de Génova de 1922, se instauró el patrón cambio oro, que quiere decir que también servirían como moneda reserva, los dólares y las libras que serán convertibles, a su vez, en oro. Pero esa convertibilidad empieza a ser ilusoria, como reconocen los americanos y como ha denunciado el economista francés señor Rueff, quien ha delatado la situación, y ha puesto la mosca en la oreja del general De Gaulle, que no está dispuesto a aceptar la estafa. Los europeos tienen 26 mil millones de dólares y en EE. UU. solamente hay 15 mil millones en oro.

Con el patrón cambio oro, la escasez de moneda para las relaciones internacionales experimentó una mejoría, puesto que además de oro se pueden tener reservas en dólares o libras. Pero ahora de nuevo vuelve a hacer falta la moneda, porque sigue aumentando la cantidad de dólares y la posibilidad de canjearlos por oro se hará cada día más difícil.

La solución sería buscar otras conchas, es decir, encontrar una mercancía que abundase más, y lo mejor fuera que pudiera fabricarse en cantidades abundantes, para que no escaseara nunca. Por ejemplo un acero especial para mecanismos de precisión. Y entonces se fijaría el valor del dólar en tantos gramos de dicho metal. Tendría además la ventaja de que serviría para emplearlo en la industria, cuando hiciera falta. Mientras que el oro, si algún día se abandonase como moneda, serviría para bien poca cosa, porque contra la creencia corriente, es un metal bastante malo, que no sirve más que para "hacer bonito".

El lector se pregunta también por qué calificar de insolventes a los Estados Unidos porque no tengan suficiente oro para canjear los dólares. La realidad es que su insolvencia es puramente de liquidez. Si los europeos no podemos canjear los dólares por oro, aceptaríamos sin embargo que nos lo canjearan por mercancías, como uranio, acero o automóviles. ¿Por qué no?

Esta solución que se nos ocurre en la Sección de Ciencias Económicas del Centro de Lectura, se la brindamos al señor Rueff, al señor Triffin, que es otro instigador, y a los ministros de asuntos exteriores del mundo occidental. Y además, no les cobramos nada.

MAURO